

## Fenomenología de la experiencia mística

Recensiones y comentario: Teresa María Gallardo OP.

### - Introducción al budismo Zen -

#### \* Satori o la obtención de un nuevo punto visual

La meta de las prácticas del Zen, consiste en lograr un nuevo criterio para penetrar en la esencia del mundo. La razón de ello es, que para el que se mueve en un círculo lógico, el Zen se encuentra fuera de ese círculo.

La consecución de este nuevo punto visual, se llama Satori (wu en chino), la forma verbal es "satoru". Sin Satori no se da el Zen. Se define como visión intuitiva interior, en contraposición con la aprehensión intelectual y lógica. Satori representa el descubrimiento de un nuevo mundo, que permanece desconocido en medio de la confusión del espíritu atado por el dualismo.

En un diálogo entre Kyogen y Yisan, éste expresa: "... lo que yo te pudiera participar es mío y nunca puede ser de tu propiedad...", (*experiencia personal e intransferible*).

El Satori es algo que se sustrae a todo análisis de índole intelectual. Es una experiencia, que incluso una montaña de aclaraciones y demostraciones nunca puede hacer comprensible a otro, a no ser que éstos hubieran tenido previamente la experiencia en sí. Lo único que se puede enseñar en el Zen es insinuar y mostrar el camino por el que el espíritu de un hombre puede llegar a la meta. La consecución del objetivo, la aprehensión del objeto en sí debe acontecer personalmente, ningún otro puede hacerlo por nosotros.

Todas las causas, todas las condiciones previas del Satori se hallan en la mente y sólo esperan la madurez.

Ni en el Satori ni en el Zen, existe un contenido que se pueda describir o representar o aclarar intelectualmente. El Zen no tiene nada que ver con los pensamientos y el Satori – es una especie de percepción interior - no ciertamente la percepción de un objeto especial, sino, por así decir, la facultad sensitiva de la auténtica realidad en sí. La última determinación del Satori se refiere al Mismo. No tiene otra misión que la de conducir de nuevo al propio Yo. Como el Satori hace presa en las raíces de la existencia, su obtención se caracteriza, por lo general, por un cambio de rumbo o crisis en la vida. Se pueden fijar y resumir los siguientes puntos sobre la apertura del espíritu, que se conoce con el nombre de Satori:

- El Satori es la obtención de un nuevo punto de vista para la contemplación del mundo. Desde que se desarrolla la conciencia estábamos habituados a reaccionar conceptual y analíticamente a estados interiores y exteriores. La práctica del Zen estriba en prescindir de una vez para siempre de esta actividad básica y en reconstruir la antigua estructura mental sobre la base totalmente nueva.
- Sin conseguir el Satori un hombre jamás podrá penetrar la verdad del Zen. El Satori es una especie de catástrofe espiritual que se presenta súbitamente, si se ha acumulado un abundante material de conceptos y argumentaciones. Se apodera de un hombre de improviso cuando él siente que ha agotado todo su ser. Desde el punto de vista religioso, es un nuevo nacimiento; intelectualmente representa la consecución de un nuevo punto de vista.
- El Satori es la razón de ser del Zen. Sin Satori no existe Zen alguno. Todo esfuerzo, práctica y doctrina se hallan dirigidos al Satori. Los maestros del Zen, para ayudar a sus discípulos en la búsqueda de la verdad del Zen, procedieron sus sentencias aparentemente tan enigmáticas e incomprensibles; ellas debían crear en sus discípulos un estado de ánimo que abriese sistemáticamente el camino a la iluminación.
- El énfasis que el Zen pone en el Satori, demuestra que el Zen no es un sistema Dhyana, tal como se practica en la India y otras escuelas budistas en China. Dhyana se entiende como una especie de meditación o contemplación que se dirige a una determinada idea. En el Budismo hay dos expresiones: a) Hinayana, se trataba de la idea de lo efímero de las cosas terrenas b) Mahayana, de ordinario la doctrina de la vacuidad. Si el espíritu se

ejercita de manera que sea capaz de alcanzar el estado del vacío perfecto, en el que no se de rastro alguno de la consciencia, ni tampoco el pensamiento del inconsciente, se considera que la práctica del Dhyana es como perfecta. Se lo califica a este estado como éxtasis o trance, pero no es el Zen.

- En el Zen tiene que experimentarse el Satori; tiene que realizarse una revolución total mental que destruya la acumulación anterior del conocimiento intelectual y descubra la base para una nueva vida.
- El Zen desde un principio ha fijado con toda evidencia su parte esencial; examinar a fondo la creación; ya se halle el Creador en acción solícita en su universo o alejado de su lugar de trabajo, el Zen prosigue su propia obra.
- El Zen no necesita la ayuda de un creador; si aprehende la razón de cómo se vive la vida está satisfecho. El Zen necesita libertad absoluta, incluso respecto a Dios.
- El Satori es el estado perfectamente normal del espíritu. Basta un instante y todo se encuentra cambiado, tú tienes el Zen y eres tan perfecto y tan natural como fuiste siempre. En ese instante has conseguido algo completamente nuevo.
- La esencia del Zen encuentra su expresión más adecuada en la poesía, y no tanto en la filosofía, porque se relaciona más con el sentimiento que con el intelecto – de ahí su inclinación hacia la poesía -.

### **“El Pórtico de la Meditación y de la Vida”**

El pórtico de la meditación (zendó), es el lugar en que el Zen educa a sus monjes, y evoca la del Sangha en la India. La organización de este lugar, se debe al maestro chino del Zen, Hyakujo que legó el famoso dicho: “un día sin trabajo es un día sin comida”. El trabajo es el elemento esencial de la vida monacal. Ningún trabajo se considera indigno, reinando entre los monjes una atmósfera completamente fraternal. Creen en la santidad del trabajo. Desde el punto de vista psicológico, resulta valioso, pues el trabajo corporal es el mejor antídoto contra la indolencia del espíritu, que pudiera nacer de la meditación cotidiana.

El Satori es el logro del punto en el que nuestra tendencia a la determinación queda superada, sin que esto suponga un estado del vacío. Es éste uno de los motivos por los que se manifiestan opositores al Dhyana, afirmando que si el cuerpo se mantiene en actividad, también el espíritu permanece vivo y despierto, fresco, sano, vigilante. En el aspecto moral, cualquier trabajo que incluya un gasto de energías físicas pone de manifiesto una capacidad sana de pensar. En el Zen se ve confirmado, ya que los pensamientos abstractos, que no se traducen en la vida práctica se consideran como sin valor.

Una convicción únicamente se obtiene mediante experiencia y no merced a la abstracción. La garantía moral debiera encontrarse siempre por encima del juicio intelectual, en otros términos: el conocimiento deberá fundamentarse en la experiencia vital. Como es natural, también ellos se sientan en silencio y practican el Zazen, y esto es necesario para convertir en posesión espiritual los conocimientos adquiridos en el trabajo.

Su estilo de vida es austero, sencillo, y mendicante. El Budismo considera el deseo de posesiones y bienes como una de las pasiones peores que pueden apoderarse de un mortal. Es así que, ante la irracionalidad manifiesta de las relaciones humanas, los monjes budistas han pasado al otro extremo, renunciando incluso a las alegrías razonables e inofensivas de la existencia. En todo caso el ideal del Zen, que limita la propiedad de un monje a una minúscula cajita, es la protesta callada, aunque eficaz, del Budismo contra el modelo social de nuestros tiempos.

La pobreza y la sencillez son la norma de vida, aunque la ascesis no es su ideal de vida, ni cualquier otro sistema ético. En su condición de escuela budista, es en la línea del modo hinduista, siendo la idea dominante no desperdiciar nada, sino obtener lo mejor de las cosas existentes, lo cual responde al espíritu del budismo en general.

Todo lo que se nos ha dado (entendimiento, facultades espirituales, cosas materiales, sin exceptuar el cuerpo), ha sido gratuidad, para desplegar nuestras fuerzas máximas o superiores y no sólo para satisfacción de nuestros caprichos y deseos personales, que en las más de las veces entran en conflicto con los demás, vulnerando los derechos del prójimo.

Este es uno de los pensamientos más profundos sobre los se sientan la sencillez y pobreza de la vida del monje.

La diligencia de los monjes es proverbial, su regla de vida está a la altura de sus convicciones, mantienen el orden perfecto, son agricultores y practican otros menesteres, estudian, viven en silencio, administran su Zendó. Su trabajo no es en manera alguna superficial, porque su religión es creación. El maestro de un Zendó, representa su alma.

En la vida activa son personas muy normales, en medio de un trabajo sencillo, y no desprecian ningún trabajo, aunque pudiera parecer indigno de un hombre culto.

Su formación estriba en “aprender mediante el obrar”. El maestro Zen trata a sus monjes con poca amabilidad y notable dureza, pero esta escasez exterior y el esfuerzo interior actúan al unísono sobre el carácter del monje y crean el tipo perfecto humano.

Teóricamente el Zen abarca el universo en su totalidad y se halla por encima del pensamiento en antinomias y contradicciones. Un maestro Zen lo ilustra diciendo: “El ideal de un hombre puede hallarse tan alto como la corona de Vairochana (la divinidad suprema), pero su vida debe hallarse tan penetrada del espíritu de humildad, que él no tema postrarse ante un pequeño niño”.

En el monasterio Zen, la vida es regulada sin interrupción, las normas son muy rigurosas, y todos los detalles se hallan ordenados dentro de la obediencia ciega.

Por eso, el orgullo del corazón debe ser aniquilado y se ha de apurar la copa de la humildad hasta las heces.

En el estudio del Zen, la fuerza de una penetración que todo lo ilumina, corre pareja con un sentimiento profundo de sencillez y humildad de corazón. Un determinado tiempo en la vida del monje se halla destinado exclusivamente a la disciplina espiritual, durante el cual los monjes no se cargan de trabajos manuales, a excepción de los imprescindibles. Este período se conoce con el nombre de Sesshin, que significa “recoger o concentrar el espíritu”, se da tanto en períodos de verano, como de invierno. Durante el Sesshin los monjes practican el llamado “Sanzan”, esto significa ir al maestro y exponer las opiniones sobre el Koan (libro del Zen).

El único objetivo es poner de manifiesto la verdad del Zen, con toda sencillez del corazón, todo lo demás resulta de escasa importancia. Reina una confianza absoluta respecto al conocimiento del Zen por parte del maestro.

El Zen exige del hombre que sondee las profundidades más recónditas y nunca se le manifestará la verdad, antes de que sea despojado de toda embustería intelectual y retorne a su desnudez primigenia. Todos nosotros vivimos inmersos en una serie de ilusiones y posturas no sinceras, que no tiene nada que ver con nuestra mismidad más íntima.

Al objeto de dar con la llave para aprehender la mismidad más íntima, y obtener la verdadera comprensión del Zen, el maestro echa manos de métodos que parecen inhumanos, en todo caso muy lejos de la ternura, para expresarlo en otros términos.

Para llegar a ser un maestro consumado, no basta con comprender la verdad del Zen, hay que atravesar un período que se conoce con el nombre de “la madurez lenta del cuerpo santo”. Ésta expresión, procede en su origen, del Taoísmo, y en el actual Zen significa una vida en armonía con la inteligencia. La vida interior y exterior del monje, debe hallarse armonizada, con lo que se alcanza el Zen. Para ello, se requiere autodisciplina ulterior. Tanto la formación práctica como teórica, en el Zendó, está estructurada sobre el fundamento de “la acción sin mérito”.

A esta clase de virtud, los místicos alemanes como Tauler, le llaman “pobreza”.

En resumen: el Zen es, un asunto de experiencia personal.